

Maitines con Cristóbal

Lo afirmo por mi honor, que a veces, en lejanos ámbitos como la sala inmensa de una televisión europea, en un teatro de Berlín o bajó las bóvedas doradas de una iglesia de Perusa, ocurren cosas maravillosas. Ocurre que una asamblea expectante y atenta, quizá presidida por un jefe de Estado o cualquier autoridad relevante, muestra en todas las manos el programa musical donde puede leerse: «Esta sinfonía, que hoy tenemos el privilegio de escuchar por primera vez, ha tenido su inicial inspiración a lo largo de un verano en Villafranca del Bierzo...» El texto cambia, naturalmente. Está en alemán, o en francés, o en italiano. Pero un nombre hecho de tres palabras se resiste a la traducción, sostiene el orgullo de su grafía inconfundible, se propaga de boca en boca. «Villafranca del Bierzo» Una villa no muy grande, no muy rica, no muy céntrica en los mapas..., y sin embargo, trascendida a una universalidad por la que a cualquiera se le saltan las lágrimas. Bastaría. Bastaría para que el nombre del compositor Cristóbal Halffter, «responsable» de esa altísima promoción, se uniese en piedra y en bronce, definitivamente, al paisaje urbano de una ciudad donde lo tenemos por tan nuestro como el más villafranquino que haya nacido en la calle del Agua o en el Otro Lado o en el Campo de la Gallina. Pero es que hay más. Hay, amados hermanos míos en nuestro señor el agradecimiento, que los Halffter (ahora el plural abraza a Marita) no hacen jamás el viaje de ida que lleva por esos mundos el nombre de Villafranca sin el regreso permanente que trae los mundos de la cultura a la mismísima Villafranca. Ahora, por añadidura de tanta entrega a la siembra de la cultura, Cristóbal se subirá en persona al tingladillo de la Herradura y será mantenedor de la fiesta poética, el domingo por la mañana, Hermosa ocasión para poner el pórtico y la esperanza al total homenaje que se le debe en este año jubilar de su biografía.

LAUDES EN EL JARDIN

He escrito sobre dos nombres propios. Y todavía un nombre propio -el del cronista- aparecerá al final de estas hojas. Pero nada de esto se hubiera podido firmar ni componer si bajo los negrillos del jardín no habitara un aliento colectivo, si los artistas villafranquinos no tuvieran detrás a todo un pueblo. Setecientos niños de las escuelas -no es errata, señor director, ¡700!-, reunidos hace días en el Teatro para escuchar versos, garantizan que esto de la poesía y del arte, en Villafranca, tiene cuerda para rato.

Antonio Pereira